

Jueves

33ª semana del
Tiempo ordinario

LECTIO

Primera lectura: 1 Macabeos 2,15-29

En aquellos días, ¹⁵ los emisarios del rey, encargados de promover la apostasía y organizar los sacrificios, llegaron a Modín. ¹⁶ Muchos israelitas se unieron a ellos, pero Matatías y sus hijos se mantuvieron apartados. ¹⁷ Entonces los emisarios del rey dijeron a Matatías:

–Tú eres un personaje importante y famoso en esta ciudad y estás respaldado por tus hijos y parientes. ¹⁸ Acércate, pues, tú el primero y cumple el decreto del rey, como hacen todos los hombres, incluidos los de Judá y los que residen en Jerusalén. Tú y los tuyos seréis amigos del rey y él os recompensará con plata, oro y muchos regalos.

¹⁹ Matatías les respondió enérgicamente:

–Aunque todos los pueblos del reino obedezcan al rey, renuncien a la religión de sus antepasados y cumplan vuestras órdenes, ²⁰ yo, mis hijos y mis parientes seremos fieles a la alianza de nuestros antepasados. ²¹ Dios nos libre de abandonar la ley y sus preceptos. ²² No obedeceremos las órdenes del rey ni nos apartaremos lo más mínimo de nuestra religión.

²³ Cuando terminó de hablar, se acercó un judío al altar para ofrecer un sacrificio delante de todos, conforme al decreto real. ²⁴ Matatías, al verlo, se indignó, se estremeció y, en un arrebatado de santa ira, se abalanzó sobre él y lo mató sobre

el altar. ²⁵ Al mismo tiempo, mató al emisario del rey que obligaba a ofrecer sacrificios y, después destruyó el altar. ²⁶ Su afán por defender la ley fue como el de Pinjás con Zimrí, hijo de Salú. ²⁷ Después, Matatías hizo esta proclama en la ciudad:

–El que quiera defender la ley y ser fiel a la alianza que me siga.

²⁸ Él y sus hijos huyeron a los montes, abandonando todo lo que tenían en la ciudad.

²⁹ Entonces, muchos que deseaban vivir rectamente de acuerdo con la ley se fueron al desierto.

➔ Estamos en la cima de la dominación de Antíoco IV Epífanes sobre Judá, en su intento de erradicar la religión de Israel y de establecer el culto pagano en Jerusalén. Matatías y su familia se han establecido en Modín, cuando llegan allí los mensajeros del rey para obligar a la apostasía a los israelitas. La táctica de los perseguidores es siempre la misma: comienzan por las lisonjas, intentando atraerse a los hombres influyentes de la ciudad, para pasar a continuación a las amenazas y a la fuerza.

Tenemos, por consiguiente, un elogio de Matatías y la promesa de ciertos beneficios por parte del rey (vv. 17ss) y, de inmediato, la respuesta indignada y firme del israelita (vv. 19-22): aunque todos siguieran al rey, Matatías y su familia permanecerían fieles a la alianza, sin desviarse de los caminos del Señor. El lenguaje empleado recuerda al del Deuteronomio.

Sigue, a continuación, el golpe de efecto que da comienzo a la insurrección. Un judío se acerca al altar para sacrificar a los ídolos, y Matatías, estremecido por la indignación, no puede contenerse: mata al apóstata y a los mensajeros del rey y destruye el altar (vv. 24ss). Llegados a este punto, se toma la decisión: Matatías y los suyos escapan: no por miedo, sino para organizar la resistencia en los montes (v. 28). Sus palabras son una verdadera declaración de guerra: «*El que quiera defender*

la ley y ser fiel a la alianza que me siga» (v. 27). Y fueron muchos los que le siguieron (vv. 29ss).

Evangelio: Lucas 19,41-44

En aquel tiempo, ⁴¹ cuando Jesús se fue acercando, al ver la ciudad, lloró por ella ⁴² y dijo:

—¡Si en este día comprendieras tú también los caminos de la paz! Pero tus ojos siguen cerrados. ⁴³ Llegará un día en el que tus enemigos te rodearán con trincheras, te cercarán y te acosarán por todas partes; ⁴⁴ te pisotearán a ti y a tus hijos dentro de tus murallas. No dejarán piedra sobre piedra en tu recinto, por no haber reconocido el momento en el que Dios ha venido a visitarte.

➔ El lamento de Jesús por Jerusalén, muy arcaico en el tono y en la lengua, parece remontarse a una fuente muy próxima al Jesús histórico. Es uno de los poquísimos episodios en los que Jesús llora, mostrando la profunda humanidad de sus sentimientos. El destino de la ciudad santa, que simboliza el destino de todo el pueblo, es considerado como el cumplimiento de una voluntad superior, de un juicio divino ineluctable («*tus ojos siguen cerrados*» para el camino de la paz: en la pasiva del lenguaje bíblico se sobreentiende que Dios es el sujeto activo de la acción).

El lenguaje escatológico de Jesús, que recuerda las invectivas proféticas, contrapone «*este día*», el de la posible salvación, a los «*días*» del juicio que vendrán. Salvación y juicio se conjugan en la expresión «*el momento en el que Dios ha venido a visitarte*» (v. 44): la «*visita*», en efecto (*episcopé*) puede significar en su raíz hebrea *paqadh* «castigo», pero también «gracia».

La destrucción de Jerusalén es claramente una profecía *ex eventu*: Lucas escribe después del año 70. Sin embargo, eso no disminuye su valor: Jesús fue ejecutado,

como ya lo habían sido muchos profetas, también a causa de sus palabras sobre la suerte del templo y del pueblo (cf. Mt 26,61). El episodio tiene valor no como demostración de una capacidad adivinatoria, sino como clave de lectura para interpretar el significado de la historia vivida por la comunidad a la que se dirige el evangelista.

MEDITATIO

El cuadro apocalíptico de la destrucción de Jerusalén, castigada por su infidelidad, se contrapone a la figura ejemplar de Matatías, que escoge la lucha armada contra el opresor antes que transgredir la ley del Señor. Se trata de unas imágenes crudas, imágenes que nuestra sensibilidad tiende a rechazar: la ciudad santa, cegada por una decisión divina que la condena de una manera inexorable; el gesto sanguinario de Matatías, que golpea con la misma violencia contra el altar profanado y contra los profanadores... Ahora bien, por encima del lenguaje, es el radicalismo de la decisión de fe lo que cuenta.

El «*día de la salvación*» y el «*día del juicio*» coinciden: es el día de la elección absoluta, día que corresponde en nuestro caso a toda la vida y se condensa en el instante de la muerte. Se trata del día en el que hemos de decidir si estamos «*con él*» o «*contra él*», y no valen medias tintas, componendas, vacilaciones, distinciones. La persecución es gracia siempre que se convierta en ocasión de un testimonio de fe. El Señor «*visita*» para salvar. Si su visita se transforma en condena, es sólo obra nuestra.

ORATIO

Lloraste por tu ciudad, Señor. Lloraste por tu gente.

Señor, que yo te encuentre como amigo junto a mí en el día de tu «*visita*». Que yo no cierre ni el corazón ni la

mente, de suerte que no sea capaz de leer en los acontecimientos el signo de tu voluntad. Haz que te reconozca presente en los hermanos, a lo largo de los caminos y en los acontecimientos de este mundo atormentado, para que el juicio no recaiga sobre mí como recayó sobre la ciudad que fue incapaz de reconocer a tus profetas. Haz que yo opte siempre por ti, incluso cuando esta opción exija una buena dosis de valor. Haz que no pierda ni la confianza ni la esperanza aunque se presenten graves obstáculos a la manifestación de mi fe.

CONTEMPLATIO

El hombre había sido creado para servir a su Creador. ¿Qué puede haber más justo para ti que servir a aquel por el que has sido creado y sin el cual no puedes existir? ¿Y qué puede ser más bello y sublime, si servir es reinar? «No serviré», dijo el hombre a su Creador. «Pues bien, te serviré yo», dijo el Creador al hombre. «Reposa, tomaré sobre mí tus males, me cargaré con tus debilidades. Usa de mí como te plazca, según tus necesidades; no sólo como de tu esclavo, sino incluso como de un asno... Si estás cansado, yo te llevaré para ser el primero en cumplir mi ley, que dice: *“Llevad los unos las cargas de los otros”*. Si te reducen a esclavitud o si quieren venderte, aquí estoy, véndeme... Si estás enfermo y temes la muerte, yo moriré en tu lugar y con mi sangre tendrás el remedio que da vida».

¡Oh siervo bueno y fiel! Has servido realmente; has servido con fidelidad y realidad; has servido con paciencia y longanimidad; sin tibieza, puesto que te has lanzado como un gigante a correr por el camino de la obediencia; sin murmuración, puesto que, flagelado, no abriste la boca. ¡Qué detestable es el orgullo humano que desdeña servir! No podía ser doblegado de ningún otro modo que con el ejemplo del servicio –¡y qué ser-

vicio!– rendido por nuestro Señor. ¡Oh, si al menos hubiera valido ese ejemplo! ¡Si se diera gracias por tanta humildad y bondad! Sin embargo, aún me parece oír el lamento del Señor, que llora por la ingratitud... Ciertamente, Señor mío, has sufrido mucho por servirme. Sería verdaderamente justo y una obligación que al menos de ahora en adelante tú reposaras y tu siervo te sirviera: ha llegado tu turno. Tú has triunfado, Señor; has triunfado sobre los rebeldes. Tiendo mis manos a las tuyas y pongo mi cuello bajo tu yugo. Permíteme servirte y poder sufrir algunas penas por ti (Guerrico d'Igny, *Primer sermón para el domingo de Ramos*, 1-3, *passim*).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Dios nos libre de abandonar la ley y sus preceptos*»
(1 Mac 2,21).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

«Convertirse» significa seguir a Jesús, ir con él, por su camino. Consiste, esencialmente, en esta decisión, en que el hombre cesa de ser su propio creador, cesa de buscarse sólo a sí mismo y de buscar su autorrealización, y acepta su dependencia del verdadero Creador. Fundamentalmente, existen sólo estas dos posibilidades: la autorrealización, en la que el hombre intenta crearse a sí mismo para poseer su ser completamente para él, y la opción de la fe y del amor. Esta opción es, al mismo tiempo, la decisión en pro de la verdad. Por ser criaturas, no lo somos por nosotros mismos; sólo si «perdemos» la vida, podemos ganarla. Esta alternativa corresponde a la elección fundamental entre la muerte y la vida: una civilización del tener y una civilización de la muerte; sólo una cultura del amor es también una cultura de la vida: «*Quien quiera salvar su propia vida la perderá, pero quien la pierda la salvará*» (Mc 8,35). Podemos de-

cir asimismo que la alternativa entre autorrealización y amor corresponde a la alternativa entre el poder terreno y la cruz, entre una redención que consiste sólo en el bienestar y una redención que se abre y se confía a la infinitud del amor divino.

La conversión exige que no sólo de una manera general, sino día a día, en las pequeñas cosas, la verdad, la fe y el amor se vuelvan más importantes que nuestra vida biológica, que el bienestar, que el éxito, que el prestigio y que la tranquilidad de nuestra vida. De hecho, el éxito, el prestigio, la tranquilidad y la comodidad son los falsos dioses que mayormente impiden la verdad y el verdadero progreso en la vida personal y en la vida social (J. Ratzinger, *Il cammino pasquale*, Milán 1985, pp. 19ss, *passim* [edición española: *El camino pascual*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1990]).